DISCURSO

DE LAS ARMAS Y LAS LETRAS QUE HIZO D. QUIJOTE

Y

GLOSA DEL DISCURSO

ESCRITA POR

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

PUBLICALAS, DE NUEVO, EL SEÑOR ALCALDE DE ALCALA, EN HOMENAJE AL EJERCITO ESPAÑOL, EL DIA 24 DE MARZO, DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCION, DEL AÑO 1940, CON OCASION DE LA ENTREGA DE LA BANDERA Y ESTANDARTE OFRECIDOS POR LA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD DE ALCALA DE HENARES A LOS REGIMIENTOS DE INFANTERIA, NUM. 4, Y DE CABALLERIA, NUM. 1; Y DEL ESTANDARTE OFRECIDO POR LA INSIGNE CIUDAD DE SALAMANCA AL REGIMIENTO DE CABALLERIA, NUM. 2, TODOS DE GUARNICION EN ALCALA.

ALCALA DE HENARES

1940

DISCURSO

DE LAS ARMAS Y LAS LETRAS QUE HIZO D. QUIJOTE

Y

GLOSA DEL DISCURSO

ESCRITA POR

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

PUBLICALAS, DE NUEVO, EL SEÑOR ALCALDE DE ALCALA, EN HOMENAJE AL EJERCITO ESPAÑOL, EL DIA 24 DE MARZO, DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCION, DEL AÑO 1940, CON OCASION DE LA ENTREGA DE LA BANDERA Y ESTANDARTE OFRECIDOS POR LA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD DE ALCALA DE HENARES A LOS REGIMIENTOS DE INFANTERIA, NUM. 4, Y DE CABALLERIA, NUM. 1; Y DEL ESTANDARTE OFRECIDO POR LA INSIGNE CIUDAD DE SALAMANCA AL REGIMIENTO DE CABALLERIA, NUM. 2, TODOS DE GUARNICION EN ALCALA.

ALCALA DE HENARES
1940

Imp. T. P. A.



OMNIA IN MELIUS

Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín.

Mi muy querido y venerado amigo: Muchas veces me he permitido interrumpir la fecunda soledad en que V., gustosamente, vive—para regocijo de las Musas—y, rogarle, en nombre de Alcalá, con insistencia sólo disculpable por la bondad de V. y por mi cariñosa admiración, que dispensase a nuestra ciudad la honra de visitarla el día 24 de Marzo, en la fiesta solemne que Alcalá prepara en homenaje al glorioso Ejército que, un año ha, devolvió a la patria de CERVANTES *la paz, la libertad, la vida y el honor. No ha podido cumplirse este deseo nuestro, vehementísimo, y comprendo, acepto y deploro las fundadas razones que han impedido su realización. Pero déjeme V., al menos, mi muy querido y admirado D. Francisco, que ponga su nombre venerado al frente de estas páginas y me coloque «debajo de su protección y amparo».*

Alcalá está en deuda con V., hijo adoptivo y predilecto de ella. Han sido tantas las atenciones de V., tantas las pruebas que Complutum*—o* Pamplouton, *como quería el gran humanista bátavo—tiene recibidas de su inagotable bondad que sólo nuestra gratitud indeleble puede corresponder a tanta generosidad. Ningún alcalaíno digno de este nombre, que el «*manco sano*» honró y enalteció*

para siempre, podrá olvidar aquella inolvidable dedicatoria que V. puso al frente de su primera edición del mejor libro, después de la Biblia, de que la Humanidad se enorgullece:

A LA CIUDAD DE ALCALA DE HENARES, CUNA DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, DEDICA ESTA EDICION DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

Pero menos aún dejaremos de tener bien grabado, en la memoria y en el corazón, el recuerdo de todo lo que V. ha hecho para gloria y exaltación del Caballero de la Egregia Figura, de su vida heroica, de su obra incomparable y genial. Tiene V. la honra insigne de ser el español que más ha hecho por CERVANTES, *que más y mejor le ha estudiado, comprendido y amado, con amor y simpatía entrañables. Tanto como dure el nombre augusto de* MIGUEL, *vencedor del tiempo y de la muerte, perdurará igualmente el nombre del mejor de los cervantistas, del que más luz ha derramado sobre el libro inmortal, como Menéndez y Pelayo le decía a V. mismo, contestando a su discurso de entrada en la Academia.*

Hoy, delante de la estatua del «famoso todo», *junto a los muros derruídos de la iglesia en que fué bautizado, una ilustre descendiente del gran Conde de Lemos, ofrecerá al Regimiento de Caballería, número 1, el estandarte que Alcalá le ofrece. Cada soldado español—¡el mejor soldado del mundo!—que presencie la ceremonia, recibirá después estas breves páginas con el curioso discurso de las armas y las letras que* Don Quijote *dijo y que escribió otro* «soldado español», «soldado varios años, y cinco y medio cautivo»: *El primer mutilado, excombatiente y excautivo de España, para decirlo con palabras de ahora.*

Con harto sentimiento de todo Alcalá, no podrá V. encontrarse entre nosotros en día tan alcalaíno y acto tan memorable. Pero todos lanzaremos al aire claro de la primavera el nombre de V., ære peremnius, *considerándole a V. presente, y pediremos a Dios que conserve y nos dilate su vida para bien de la Patria y de las letras españolas, que tanto ha enaltecido.*

Ya sabe V., querido don Francisco, cuánto le quiere, respeta y admira su verdadero amigo q. b. s. m.

JOSÉ FÉLIX HUERTA

DISCURSO

DE LAS ARMAS Y LAS LETRAS

.....dejando de comer don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió a hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó a decir :

— Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes e inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería. Si no ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrare, y de la suerte que estamos nos viere, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está a mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede a todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima cuanto a más peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas; que les diré, y sean quien se fue-

ren, que no saben lo que dicen. Porque la razón que los tales suelen decir y a lo que ellos más se atienen es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas, o como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento, o como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército, o la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales a saber y conjeturar el intento del enemigo, los disignios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen; que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, ansí que las armas requieren espíritu, como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado o el del guerrero, trabaja más; y esto se vendrá a conocer por el fin y paradero a que cada uno se encamina; porque aquella intención se ha de estimar en más que tiene por objeto más noble fin. Es el fin y paradero de las letras..., y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo; que a un fin tan sin fin como éste ninguno otro se le puede igualar: hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo; entender y hacer que las buenas leyes se guarden. Fin, por cierto, generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel a que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y así, las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro día, cuando cantaron en los

aires: «Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad»; y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favoridos fué decirles que cuando entrasen en alguna casa, dijesen: «Paz sea en esta casa»; y otras veces les dijo: «Mi paz os doy; mi paz os dejo; paz sea con vosotros», bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano: joya, que sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo mesmo es decir armas que guerra. Prosupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora a los trabajos del cuerpo del letrado y a los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores.

De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática don Quijote, que obligó a que, por entonces, ninguno de los que escuchándole estaban le tuviese por loco; antes, como todos los más eran caballeros, a quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana; y él prosiguió diciendo:

—Digo, pues, que los trabajos del estudiante son éstos: principalmente, pobreza (no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el estremo que pueda ser); y en haber dicho que padece pobreza me parece que no había que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frío, ya en desnudez, ya en todo junto; pero, con todo eso, no es tanta, que no coma, aunque sea un poco más tarde de lo que se usa; aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman *andar a la sopa*; y no les falta algún ajeno brasero o chimenea, que, si no callenta, a lo menos entibie su frío, y, en fin, la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar a otras menudencias, conviene a saber, de la falta de

camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, cuando la buena suerte les depara algún banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando a caer acá, llegan al grado que desean; el cual alcanzado, a muchos hemos visto que, habiendo pasado por estas sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frío en refrigerio, su desnudez en galas y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos, premio justamente merecido de su virtud. Pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

Prosiguiendo don Quijote, dijo:

—Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado. Y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia. Y a veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que, como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frío, contra toda naturaleza. ¡Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha; que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas! Llégue se, pues, a todo esto, el día y la hora de recebir el grado de su ejercicio: llégue se

un día de batalla; que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas, para curarle algún balazo, que quizá le habrá pasado las sienes, o le dejará estropeado de brazo o pierna. Y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la mesma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro rencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero, decidme, señores, si habéis mirado en ello: ¿cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparación, ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados; porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse; así que, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder que es más fácil premiar a dos mil letrados que a treinta mil soldados, porque a aquéllos se premian con darles oficios que por fuerza se han de dar a los de su profesión, y a éstos no se pueden premiar sino con la mesma hacienda del señor a quien sirven; y esta imposibilidad fortifica más la razón que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos a la preeminencia de las armas contra las letras, materia que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las

ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios, y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus previlegios y de sus fuerzas. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno a ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, váguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas a éstas adherentes, que, en parte, ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparación, porque a cada paso está a pique de perder la vida. Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que, hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta o guarda en algún rebellín o caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Sólo lo que puede hacer es dar noticia a su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuándo improvisamente ha de subir a las nubes sin alas y bajar al profundo sin su voluntad. Y si éste parece pequeño peligro, veamos si le iguala o hace ventajas el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que concede dos pies de tabla del espolón; y, con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los

pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno, y, con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar; y si éste también cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo, al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que, sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina), y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido; que tanto seré más estimado si salgo con lo que pretendo, cuanto a mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos.

GLOSA DEL DISCURSO
DE LAS ARMAS Y LAS LETRAS

LEIDA POR FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, EN LA VELADA LITERARIA QUE LA ACADEMIA DE LA POESIA CELEBRO EN EL CENTRO DEL EJERCITO Y DE LA ARMADA, BAJO LA PRESIDENCIA DE S. A. R. EL SERMO. SR. INFANTE D. CARLOS DE BORBON, LA NOCHE DEL 2 DE MARZO DE 1911

Por la pluma del más humilde de sus individuos, la Academia de la Poesía Española, al terminar este solemne acto, declara que agradece profundamente al meritísimo Centro del Ejército y de la Armada la generosa hospitalidad con que en esta ocasión, como en cuantas deparó la suerte, han brindado las armas a las letras, bien que, siendo hermanas las unas de las otras, no podía menos de suceder así. Y con agradecimiento tan cordial como respetuoso corresponde asimismo a la grande honra que se ha dignado de

concederle, concurriendo a nuestra fiesta, la augusta persona que la preside, viva encarnación de las más altas excelencias sociales.

Aquí, y con solas estas palabras, podría yo considerar cumplida la misión que esta noche me ha impuesto un honroso cargo debido más bien al privilegio de las canas que al de los méritos; pero, por mejor corresponder a vuestra bondad, añadiré algunas otras especies, sin perder de vista la conveniencia de no cansar vuestra benévola atención.

Entre cuantos sin ser especialmente escritores militares compartieron su vida en los ejercicios, a cual más honrosos, de la espada y la pluma, nadie tuvo para el de las armas elogios más reiterados y vehementes que el que fué soldado valerosísimo en Lepanto, y en todas partes y para siempre Príncipe inmortal de los Ingenios Españoles. Famoso es, entre los más celebrados del *Quijote*, aquel llamado comúnmente «el discurso de las armas y las letras». ¿Necesitaré yo recordar sus palabras a este culto auditorio, que en la memoria las tiene y que las estima por prez muy valiosa de la nobilísima institución militar, base y sostén del orden social y defensa de la paz pública? En vano repetiría yo aquí palabras como aquellas cervantinas: «Y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favorecidos fué decirles que cuando entrasen en alguna casa dijesen: «Paz sea en esta casa»; y otras muchas veces les dijo: «Mi paz os doy; mi paz os dejo; paz sea con vosotros», bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano: joya, que sin ella, en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra.» Y digo que sería en balde repetir en este lugar expresiones como las transcritas, porque son cabalmente el mote y lema que usa el Centro del Ejército y de la Armada: *Si vis pacem, para bellum.*

«Materia que hasta ahora está por averiguar» llamó el inmortal escritor complutense a la de la controversia sobre la superioridad de las letras o de las armas; y, en efecto, la contienda era antiquísima. Ulpiano, Casiodoro y Felino, entre otros, atribuyeron a las letras la nobleza mayor, sosteniendo, como dice Lope de Vega,

«Que el ingenio ennoblece más que el brío»;

pero el mismo Lope rehuye muy luego la cuestión en estos versos:

«Mas no tratemos de esto; que si lo oyen
Las armas, volverán por su excelencia,
Contienda eternamente indefinida,
Y más si la defiende Casaneo,
Que da a las armas solas la nobleza.»

Cervantes—y esta cariñosa queja podemos tener de él los escritores no militares—hizo votar a don Quijote, aunque algo disimuladamente, a favor de las armas; bien que, con paz de todos sea dicho, otra cosa mejor que las armas solas conoció el insigne soldado y novelista: las armas y las letras juntas en amigable consorcio, *desideratum* que, en gran parte, han llevado a efecto las modernas Academias militares. «No hay mejores soldados—dijo en su *Persiles*—que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra: ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuese por extremo; porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso.»

Estas honrosas deferencias debe al autor de *El Ingenioso Hidalgo* nuestra milicia de hoy, amén de diversos elogios y de algunas máximas militares, que pueden, y aun deben, lucir y perdurar, grabadas en

mármol, en los cuarteles de nuestro glorioso Ejército, idea que ofrezco desde esta sala al señor Ministro de la Guerra. Recordad conmigo algunos ejemplos de tales alabanzas. «Es escuela la soldadesca—dice en un lugar del *Quijote*—donde el mezquino se hace franco, y el franco, pródigo...» Y en otro lugar: «Quiero decir que los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en verano y de los erizados hielos del invierno.»

Entre las máximas militares viénenseme a la memoria las siguientes:

«No hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda que el mismo capitán que se lo ordena.»

«Más bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huída.»

«Tanto alcanza de fama el buen soldado cuanto tiene de obediencia a sus capitanes y a los que mandarle pueden.»

Además de esto, el Ejército español debe a CERVANTES veneración y cariño por el noble orgullo con que siempre hablaba de sus heridas. Permitidme recordar sus palabras. En la notable epístola que en 1577 dirigió desde su cautiverio de Argel a Mateo Vázquez de Lecca, uno de los secretarios de Felipe II, decíale, refiriéndose a la batalla de Lepanto, gloriosísima para las armas españolas:

«Diez años ha que tiendo y mudo el paso
En servicio del gran Filipo nuestro,
Ya con descanso, ya cansado y laso;
Y en el dichoso día que siniestro
Tanto fué el hado a la enemiga armada

Cuanto a la nuestra favorable y diestro,
De temor y de esfuerzo acompañada,
Presente estuvo mi persona al hecho,
Más de esperanza que de hierro armada.
Vi el formado escuadrón roto y deshecho,
Y de bárbara gente y de cristiana
Roto en mil partes de Neptuno el lecho;
La muerte airada, con su furia insana,
Aquí y allá con priesa discurriendo,
Mostrándose a quién tarde, a quién temprana;
El son confuso, el espantable estruendo,
Los gestos de los tristes miserables
Que entre el fuego y el agua iban muriendo;
Los profundos suspiros lamentables
Que los heridos pechos despedían,
Maldiciendo sus hados detestables.
Helóseles la sangre que tenían
Cuando en el son de la trompeta nuestra
Su daño y nuestra gloria conocían.
Con alta voz, de vencedora muestra,
Rompiendo el aire claro, el son mostraba
Ser vencedora la cristiana diestra.
A esta dulce sazón, yo, triste, estaba
Con la una mano de la espada asida,
Y sangre de la otra derramaba;
El pecho mío de profunda herida
Sentí llagado, y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida.
Pero el contento fué tan soberano
Que a mi alma llegó, viendo vencido
El crudo pueblo infiel por el cristiano.
Que no echaba de ver si estaba herido,
Aunque era tan mortal mi sentimiento
Que a veces me quitó todo el sentido.»

Cuarenta y dos años después de este asombroso hecho de armas, CERVANTES, en el prólogo de sus *Novelas ejemplares*, decía, retratándose *a la pluma*: «Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada..., llámase co-

múnmente MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA; fué soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades; perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros...»

Dos años más tarde, cuando el supuesto Alonso Fernández de Avellaneda se atrevió a injuriar a CERVANTES en el prólogo de su falso *Quijote,* diciendo que, «como soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos», tenía «más lengua que manos», obtuvo de él esta noble respuesta, propia de su grandeza de alma: «Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron...; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza.»

Sabidísimo es que CERVANTES no obtuvo de su patria el pago que merecían su bravura de soldado, sus penalidades de cautivo y su pasmoso ingenio como escritor. Bien que a su pobreza, extremada hasta la indigencia alguna vez, verbigracia, aquella en que escribió, refiriéndose a sí propio:

«Adiós, hambre sotil de algún hidalgo;
Que, por no verme ante tus puertas muerto,
Hoy de mi patria y de mí mismo salgo»,

coadyuvó sobremanera la mala fortuna que de ordinario le perseguía, por la cual dijo en cierta ocasión: «Al desdichado las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra.» Reparad en esto: volviendo a España CERVANTES en la galera *Sol,* por septiembre de 1575, cautiváronle unos piratas argelinos. Las cartas de don Juan de Austria y del Duque de Sessa que consigo traía, y en que le recomendaban al Rey a fin de que le diese el mando de una compañía de las que se formaban en Italia, le perjudicaron en vez de favorecerle, pues por lo que en ellas se encarecían sus merecimientos se le tuvo en mucho para el rescate, y así, tardó más de cinco años en salir de poder de los turcos. Después, cuando en 1580 recobró su libertad y regresó a España, nadie hizo caso de tales méritos, ni menos pensó en premiarlos. Y mientras, aquel mal hombre y peor clérigo llamado Juan Blanco de Paz, aquel otro cautivo que con su vilísimo proceder frustró los peligrosos proyectos de fuga de CERVANTES y de otros muchos cristianos, delatándolos a Azán Bajá, rey de Argel, y poniendo en gravísimo riesgo sus vidas, bulló, enredó y mintió luego que se vió libre, y, según documento fehaciente que hallé pocos meses ha en la provincia de Granada, logró que el Rey le hiciese merced de doscientos ducados, que decía estar debiendo de su rescate.

Las solas circunstancias de haberse hallado en *la naval* (que así, por antonomasia, llamaban a la batalla de Lepanto) y haber servido algún tiempo en la milicia se consideraban como méritos bastantes para ulteriores medras: por ejemplo, un clérigo valenciano, llamado Juan Ramírez, por méritos no superiores a

los dichos y muy inferiores a los de CERVANTES, obtuvo una renta anual de ciento sesenta escudos; y don Pedro Ozores de Ulloa, por haberse hallado en la dicha batalla—en que no fué herido—, y en las empresas de Túnez y la Goleta—donde también se halló CERVANTES—, y por haber estado cautivo en Argel dieciocho meses—no cinco años y medio, como el autor del *Quijote*—, subió como la espuma, y en poco tiempo se le hizo merced del corregimiento de la ciudad de La Plata, en el Nuevo Mundo, y del de la villa imperial del Potosí, y todavía en 1612 se le dieron 6.000 pesos ensayados, en indios vacos del Perú; mientras que a CERVANTES, cuando pidió uno cualquiera de cuatro humildes puestos que habían vacado en Indias, se le despachó, por acuerdo del Consejo, con esta desdeñosa respuesta: «Busque por acá en qué se le haga merced.» Que fué como decirle: «¡A otra puerta, hermano!»

Mas a pesar de su mala estrella, CERVANTES, ora ganando escasa y fatigosamente su pan en las penosas y arriesgadas comisiones que desempeñó en Andalucía, ora malviviendo del cultivo de las letras, que entonces, como ahora, con excepciones contadísimas, daban de ayunar más que de comer, no profirió ni una queja; y es que, como he dicho en otro lugar, el insuperable escritor e ínclito soldado, siempre generoso, levantaba sobre todas las miserias su efusivo corazón y escupía noblemente, apenas pasada de los labios, la hiel que le daba a gustar su infortunio, para que no se le aposentara en las entrañas. Así, dos años antes de su muerte, cuando, al frisar su edad con los sesenta y siete, escribía la segunda parte del *Quijote*, mantenido por las limosnas de dos varones magnánimos, el conde de Lemos, don Pedro Fernández de Castro, y el cardenal arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas, acudíanle a los puntos de la pluma palabras como éstas, sutilmente rebozadas en una finísima ironía, propia de quien mira desde arriba con superior espíritu las miserias y ruindades de abajo: «... Y advertid, hijo, que al soldado mejor le está oler a pólvora que a algalia, y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado o cojo, a lo menos, no os podrá coger sin honra, y tal, que no os la podrá menoscabar la pobreza; cuanto más que ya se va dando orden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados...»

... ...

En resolución, la España de los Felipes libró sobre la España de don Alfonso XIII, nuestro amado monarca, el pago de las obligaciones sacratísimas que tuvo para con el más valeroso de sus soldados y el más insigne de sus escritores. ¿Pagaremos la bochornosa deuda de nuestros abuelos?... Los hombres cultos de Europa y América nos están mirando, quizá dudosos de que, pues ofrecemos toda nuestra actividad a la política, sepamos rendir el debido homenaje a la memoria del autor del *Quijote*. El plazo definitivo terminará el día 23 de abril de 1916, tercer centenario de su muerte. Confiamos. A lo menos, el pundonoroso Ejército español, amantísimo de la honra nacional, que es su propia honra, cumplirá como debe con aquel soldado inmortal por quien los laureles de España perduran y permanecerán siempre frescos y lozanos en todo el mundo.

CERVANTES Y LEMOS

Con motivo de la designación de la señorita de Stuart y de Silva, hija del Sr. Duque de Alba, y descendiente del Conde de Lemos, para madrina del Estandarte ofrecido por la ciudad de Alcalá de Henares al Regimiento de Caballería, número 1, de guarnición entre nosotros, se han cruzado entre el eminente Embajador de España en Inglaterra y nuestro Excmo. Ayuntamiento, los siguientes telegramas y oficio :

Telegrama del Excmo. Sr. Duque de Alba al señor Alcalde de Alcalá :

"Profundamente agradecido por deferencia Alcalá al designar mi hija Cayetana,, en su calidad de descendiente del Conde de Lemos, como madrina de Estandarte dedicado al Regimiento de Caballería, número 1. Mi hija acepta honrada, y conmigo se asocia al merecido homenaje rinde Alcalá a Regimiento cuya brillante y heroica actuación en guerra liberación España, añadirá esta página de gloria al historial Arma Caballería. Lamentando no poder asistir personalmente, se hará representar por mi hermana Duquesa de Santoña.

ALBA."

Oficio del Excmo. Ayuntamiento en contestación al precedente despacho:

Excelentísimo Señor:

En homenaje a nuestro glorioso Ejército, al cumplirse el primer año de la ansiada y felicísima liberación de nuestra ciudad por las invictas tropas nacionales, acordó la Corporación Municipal, que inmerecidamente presido, ofrecer un Estandarte al Regimiento de Caballería, núm. 1, y una Bandera al Regimiento de Infantería, número 4, ambos de guarnición entre nosotros. Desde el primer momento pensó este Ayuntamiento, interpretando así el deseo unánime de todos los alcalaínos, rogar a V. E. que autorizase a su ilustre hija, descendiente del gran Conde de Lemos, para llevar la representación de las señoras y señoritas de Alcalá en el acto solemne de la bendición y entrega de la gloriosa enseña de la Patria a los citados Cuerpos, siendo madrina del Estandarte ofrecido al Regimiento de Caballería, número 1, que manda, por dichosa coincidencia, un heroico jefe, descendiente también de otro nobilísimo amparador del Príncipe de los Ingenios Españoles, el gran Cardenal de Sandoval y Rojas.

Quería de este modo la Patria de Cervantes, demostrar a V. E. que sigue viva y fuerte en nuestros corazones la gratitud que el más grande de los alcalaínos, el mayor genio de que se enorgullece nuestra raza, quiso eternizar en aquellas palabras de oro con que dedicó el «Persiles», cuatro días antes de su muerte al más noble Mecenas que España ha conocido: «El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerlo coto, hasta besar los pies a V. E., que podría ser fuese tanto el contento de ver a V. E. bueno en España, que me volviese a dar la vida; pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los Cielos, y por lo menos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun más allá de la muerte mostrando su intención».

Más de tres siglos han pasado desde que fueron escritas esas palabras que ningún devoto del autor del «Quijote» puede olvidar, y menos que nadie los que han nacido en la ciudad donde los ojos de Miguel de Cervantes se abrieron a la luz. Más de tres siglos, y sin embargo siguen vencedoras del tiempo y del olvido, pasando más allá de la muerte, como quería quien las escribió.—Delante de su estatua, a pocos metros de la iglesia en que fué bautizado, hoy rota y deshecha por la furia de la revolución, volverán a resonar, Dios mediando, dentro de unos días esas mismas palabras delante de una insigne descendiente del Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalba, Marqués de Sarria, delante de varios millares de soldados de España, vencedores en la Cruzada última y de todo un pueblo emocionado y conmovido. Desde el Cielo, no podemos dudarlo, el gran escritor y el noble y generoso prócer bendecirán el designio que nos guía y aceptarán el tributo de amor que les rendimos.

Alcalá no podrá olvidar nunca tampoco la gentilísima acogida que V. E. ha dispensado a nuestra iniciativa. No encontramos términos para traducir debidamente el reconocimiento que sentimos por merced que a tanto nos obliga. V. E. ha sido una vez más el de siempre: el gran señor que sirve en todo a la Patria, como sus más gloriosos ascendientes y que todo lo ofrece como ellos al Dios de nuestros padres, Deo patrum nostrorum.

Dios guarde a V. E. y a su ilustre hija muchos años.

El Alcalde,

José Félix Huerta